



## Colaboraciones

invitaba a D. Severino, a la música y a los monaguillos a unos canapés (como se dice ahora) que después del largo camino nos venía muy bien.

Otra de las procesiones que los monaguillos celebrábamos mucho era la Virgen de la Paz; esta procesión, desde la ermita de San Antón iba sin orden ni concierto hasta la llegada a su ermita y allí después de la subasta se dice la Santa Misa deseando todos que fuera corta, porque dentro hacía mucho calor; acto seguido, la her-

mandad nos invitaban a comer, que durante mis años de monaguillo era invariablemente caldereta de cordero que nos venía muy bien. Para mí era la única vez al cabo del año que comía cordero.

Cuando llega esta festividad, siempre recuerdo una anécdota que nos contó mi suegro el tío Félix «Zalaco» que un año, este día hacia mucho frío y a veces llovía; entonces ocurrió que las personas que habitualmente llevaban a la Virgen hasta su ermita habían

huido, entonces, D. Severino, pidió a unos muchachos que pasaban por allí para que llevaran a la Virgen hasta su ermita. Al llegar, allí estaban las personas que habitualmente llevaban a la Virgen; pero D. Severino con toda la razón y autoridad dijo: estos muchachos que con lluvia, frío y barro la han traído hasta aquí desde el pueblo, lo justo es que ellos la pasen a su ermita, y así ocurrió.

José Antonio Ruíz Sánchez

# LA HERRADURA

AMIGOS DEL MUSEO ETNOLÓGICO DE SANTA CRUZ DE LA ZARZA

Así debió de ser la vida de los primeros pobladores de nuestra madre Tierra, el abandono de la Caverna debió de ser por que se dio cuenta de que los detritus que había sacado fuera de ella crecían con gran facilidad, y con el tiempo empezó a buscar el habitat mas apropiado para su desarrollo, Clima, Altura, (Morras y Motas), y valles con agua, y buscando para facilitar su trabajo adaptó a los animales que tenía en su entorno, y pronto se dio cuenta que tenía que proteger sus pezuñas, y siempre su mente en activo llegó a crear la HERRADURA.

Se desconoce los primeros pobladores que la adaptaron, pero en las excavaciones del Poblado Celtíberico de Anquita (Guadalajara) se han hallado algunas y los Romanos, paralelas a sus famosas Calzadas empedradas, tenían unas Pistas de tierra para que andasen mejor las caballerías, de todas formas sus pezuñas requerían gran cuidado, porque al crecerles el casco se encojaban, y así fueron apareciendo personal especialista en curarlo, Veterinarios y Herraderos donde se herraban, para lo cual había los Herradores, por que herrarlos requería la limpieza de la pezuña, recortar el casco y limpiar bien la ranilla, a estos también se les denominaba Mancebos.

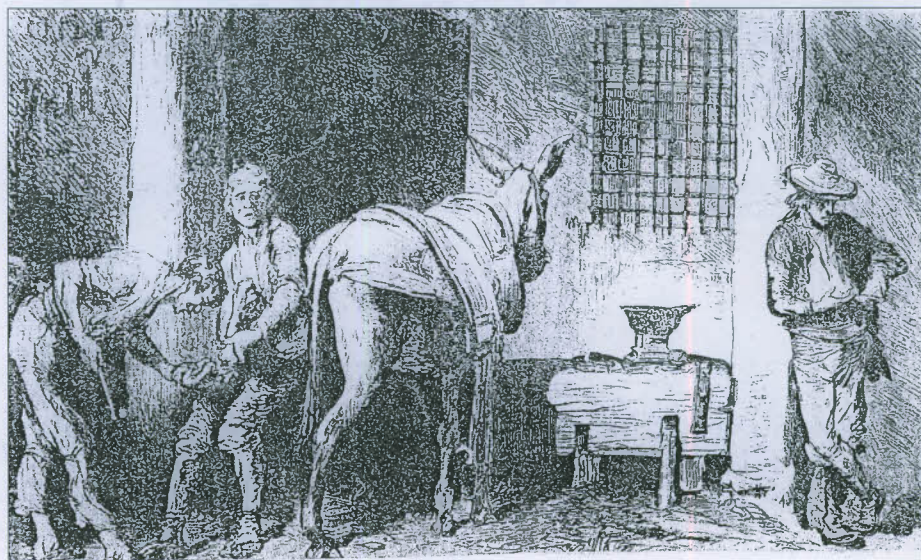
A primeros del pasado siglo había en nuestro pueblo tres Veterinarios,

D. José Andrés Martínez, D. Mariano Sotoca, y D. Benito Loriente, cada uno de ellos tenía su Herradero con sus Mancebos. Este último, el tío Benito «el Bombo» vivía en Los Caños y todos los años cuando bajaba la procesión de la virgen de La Paz, ponía un árbol de pólvora.

Contaba el tío Milagros Martínez, hijo y hermano de veterinarios, el Cuento del Herrador, que así era, un día entro en el herradero un arriero con cuatro Burros para herrarlos, y pregunto el precio, el Mancebo se lo dió y al arriero se le hizo muy caro. Después de mucho regatear, como entonces era corriente, el arriero no

aceptó el trato, entonces el Mancebo, Herrador, le propuso un trato, no le cobraba nada por las herraduras, eran cuatro burros, suponían dieciséis herraduras, tampoco le cobraba por el trabajo, solo le cobraba por el primer clavo un céntimo, por el segundo dos, por el tercero cuatro y así hasta los treinta y seis, el arriero supuso era una ganga, hecho el trato, y dándose la mano como aceptación y formalidad el herrador realizó su trabajo, pero hay que terminado este y echada la cuenta, tubo que dejar los burros en el Herradero.

Joaquín Arias Loriente



El herrador de aldea. Ricó.